

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA  
MORAL Y RELIGIOSA

CON LA  
aprobación eclesiástica,  
y bajo la dirección

DE  
E. Lozano de Vilchez

Granada.—Darro del  
Campillo, 15.

Contendrá artículos  
de costumbres, nove-  
las, poesías, sección  
doctrinal, y cuanto  
juzguemos á propósi-  
to para la instrucción  
religiosa, la enseñan-  
za y el recreo.

Este periódico sal-  
drá los días 8, 14, 23 y  
30 de cada mes, y cons-  
tará de ocho páginas,  
en igual tamaño al de  
este prospecto.



SU PRECIO

ES EL

DE UN REAL AL MES

EL MÁS BARATO

que se publica en España.

Los pagos se harán  
de cuatro en cuatro  
meses para facilitar de  
este modo á los señores  
suscriptores la adquisi-  
ción de las tarjetas es-  
tablecidas para pago  
de periódicos, que se  
expenden en todos los  
estancos; admitiéndose  
se también en sellos  
de franqueo de 10 y 15  
céntimos, prefirién-  
dose siempre, donde  
las haya, las letras del  
Giro mutuo.

Suplicamos á los  
señores que quieran  
suscribirse, que al  
darnos el aviso mar-  
quen bien su nombre,  
pueblo de su resid-  
encia y provincia á que  
pertenece.

14 de Abril de 1879. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 46.

## SUMARIO.

Lea ó la cruz triunfante, por D.<sup>a</sup> Matilde Bourdon.—  
La Estrella de los mares, por D.<sup>a</sup> Ángela Grassi.—Á  
mi querida madre, poesía, por D. Carlos Prieto.—  
Sección doctrinal, por D.<sup>a</sup> Enriqueta Lozano de  
Vilchez.

## LEA, Ó LA CRUZ TRIUNFANTE.

(CONTINUACION.)

Un día en presencia del Emperador y de Fausta, habia hecho al mayor de sus discípulos, al príncipe que despues fué el emperador Constantino, una pregunta sobre las guerras de Pompeyo; y el adolescente, nutrido en la doctrina de Ciceron y de Salustio trazó un rápido y brillante cuadro de la guerra civil, de la conspiración de los patricios, del complot de Catilina, y

de la prolongada lucha entre los Cesarianos y los Pompeyanos; mostró en fin á César vencedor en Farsalia, quedandose él solo con el poder supremo, y termino con una filial alusión á su padre, vencedor á su vez de la Roma antigua, de la Roma pagana y de las conspiraciones no interrumpidas de sus enemigos.

Constantino sonreí: Diomedes, colocando su mano sobre la cabeza del jóven, dijo con entusiasmo:

—Tú serás un Marcelo!

Fausta dirigió á su esposo una mirada interrogadora, y dijo con voz tímida:

—No se le ha prometido un imperio...

—Es verdad, repuso Constantino, pero aun sometido á su hermano Crispo, le rodearán honores en número suficiente para dejarle satisfecho. Estoy contento de todos mis hijos, y no puedo olvidar que Crispo, aunque tan jóven, se



hubiera hecho ya acreedor, segun las antiguas costumbres, á la corona naval y la corona cívica: su padre y su soberano le recompensará.

Fausta no contestó; habia fijado en su hijo una mirada pensativa, y parecia prestar poca atencion á las palabras del Emperador, que le decia:

—Creo que recibireis con gusto la noticia de que esa jóven patricia, amiga de mi hija y protegida por mi madre, LEA VALERIA, está preparándose para recibir el Bautismo. Obstinada desde mucho tiempo en el paganismo, la gracia de Dios ha conmovido de improviso su alma al saber que era hija de un Mártir. Como mi predecesores, soy tutor y protector de los huérfanos nobles; y LEA, al hacerse cristiana, adquiere aun mas derechos á mis cuidados, y á los vuestros, señora...

Fausta murmuró algunas palabras de asentimiento, y Constantino se alejó acompañado de sus hijos, dejándola en compañía del griego.

—¿Sabeis que noticia acaba de darnos el Emperador? preguntó Fausta.

—¿Cual, señora?

—Una respecto á LEA VALERIA.

—¡Ah! sí, algo habia oido: la emperatriz Elena y Constancia Augusta aman mucho á esta jóven y la destinan, segun se dice, al César Crispo; ya por instigacion suya el Emperador le ha devuelto los bienes de su madre, confiscados bajo Diocleciano: una basta posesion en Sicilia y otra en la Liguria completan su patrimonio, y la hacen digna del Príncipe.

—¿Era, pues, cristiana su madre, y murió por la fe?

—Parece que sí.—respondió Diomedes, y á pesar del imperio que tenia sobre sí mismo, asomó en su frente el rubor. El apóstata no podia, sin avergonzarse, recordar los combates y el valor de una mujer.

—Crispo se hará poderoso, dijo Fausta, demasiado poderoso para mí y para mis hijos. El Emperador piensa ya asociárselo al poder.

—Acaso aguarda solo su enlace para conferirle nuevos honores.

—¿Quién sabe? ¡Ah! Diomedes, cuánto sufre una madre viendo la humillacion de sus hijos! ¿Por qué mis hijos, tan hermosos, tan inteligentes, no son los preferidos? Yo soy hija de un príncipe, y mis hijos vejetarán en un rango inferior, sujetos al hijo de Minervina! Este pensamiento acibara mis dias.

—Convendría alejar á Crispo.

—¿Cómo? Su padre le quiere, le honra, y se contempla en él á sí mismo.

—Es verdad, pero el Emperador os ama tambien á Vos.

—Sin duda, mas no tanto que prefiera mis deseos á lo que el llama la justicia y el derecho,

—Sí; pero si se le demostrase que este hijo, tan amado, tan preferido á los demás, ha faltado al respeto á su padre...

—¿De qué modo? dijo Fausta en tono de incredulidad; Crispo parece el mejor de los subditos y de los hijos.

—¡Parece! repuso el griego. Y si hiriese á su padre en la niña de sus ojos, ¿le conservaria su favor?

—No, sin duda; pero ni vos, Diomedes, por mucha que sea vuestra habilidad, ni yo, por grande que sea el interés que me impulse, podremos influir en el ánimo prudente de Crispo: tal es para con su padre, y tal quedará.

—Señora, dijo el griego, ¿habeis leído á Eurípides y su *Hipólito*?

Miróle Fausta, y comprendió al punto.

—Una palabra, añadió él, es á veces mas aguda que una espada: que el Emperador crea á su hijo prendado de su madrastra, y su hijo tendrá que temerle todo. Vos sabeis mejor que yo cuán impetuoso es el carácter del Emperador; tampoco ignorais hasta donde llega su amor y sus celos. Fausta inclinó la cabeza, y dijo despues de un largo silencio:

—Diomedes, si mi hijo sube un dia al trono, sereis colmado de bienes, y se cumplirán todos vuestros deseos...

## XV.

### HIPÓLITO.

Una nueva vida se habia abierto para LEA desde el dia en que, junto al sepulcro de sus padres, se iluminó subitamente su entendimiento y el amor de Jesucristo penetra en su corazon. Habíase roto el velo que le ocultaba la verdad, y esta hirió de repente los ojos de su espíritu; así, cuando en la cima de los Alpes una densa niebla oscurece la naturaleza y oculta la magnificencia de un paisaje, levántase un fuerte viento que la disipa, y aparecen los valles de la Lombardia con sus azuladas aguas y sus espesos bosques. LEA, pues, creia ó por mejor decir veia estas sublimes verdades que su padre y su madre habian sellado con el martirio, y parecíale que su propia sangre, sangre de Mártires, hervia en sus venas por Cristo y por su Ley. Iniciá-



base en la vida cristiana bajo la dulce dirección de Elena y de Constancia, y esperaba el Bautismo con la impaciencia de un alma que desea unirse con Dios, y que se espanta á la vista de las barreras que todavía le separan de Él. El estudio, el trabajo la visita de los pobres, ocupaban sus momentos, y cuando su pensamiento salía un instante del horizonte en que la fe le retenía, podía mecérsele en dulces perspectivas sobre su porvenir. Crispo deseaba hacia mucho tiempo que LEA fuese cristiana para tomarla por esposa; había confiado este secreto á su augusta abuela y á Constancia, y ambas trataban á LEA como á una hija, como á una hermana muy querida. Solamente, por respeto al divino Amor, nadie hablaba abiertamente á LEA de la felicidad que el amor de un esposo podía reservarle; su corazón y sus ojos quedaban modestamente ocultos bajo el vélo de las catecúmenas, pero no ignoraba que al dejar el blanco ropaje del Bautismo, vestiría el traje nupcial, y que el nombre de hermano que en su pensamiento daba á Crispo, sería sustituido por otro título mas íntimo y mas querido.

Sus conversaciones con la princesa Constancia habían tomado también un carácter mas íntimo y confiado; el lazo supremo de las almas unió las suyas para lo futuro; animábalas una misma fe y unas mismas esperanzas, y sus pensamientos se inclinaban naturalmente hacia los mismos objetos y los mismos deseos.

—Quisiera que pudiésemos vivir siempre como hoy, —decía Constancia á su amiga;— mi alma no tiene mas que un solo deseo, y este deseo lo cumpliré un día.

—Veamos cuál es, hermana mia. —dijo LEA.

—Quisiera retirar las reliquias de mi amadísima Inés del cementerio en que reposa, para colocarlas debajo de un altar, que es el verdadero lugar de los Mártires inmolados á Cristo; luego; en torno de este altar, construir un templo de mármol blanco todo, que sería como una túnica echada sobre los restos de mi santa amiga; y cerca de la iglesia construiría una casa en la cual algunas diaconisas cuidasen á pobres ancianos y educasen á niños y á huérfanos.

—Es un deseo que puede tener la hija del César, contestó LEA sonriendo. Yo también he formado otro muy semejante...

—Que la esposa de Crispo podría realizar, dijo Constancia también sonriendo. ¿Veamos cual es?

—Levantar un sepulcro, ó por mejor decir, un altar á mis padres: el santo Pontífice Silvestre lo bendeciría, y todos los días algunos sacerdotes celebrarían los divinos Misterios en di-

cho altar, y enseñarían el Evangelio á los que viniesen de lugares distantes para venerar los santos Misterios, como aquellos Santos de la Persia, cuya historia me habeis contado.

—San Mario y santa Marta, ó san Abdon y san Senen, —continuó Constancia sonriendo,— los cuales fueron martirizados á su vez.

—Ahora comprendo, hermana mia, la dicha de los que morían por Jesucristo; antes lloraba á los autores de mis días, aun entonces que creía á mi padre muerto gloriosamente en un combate, y á mi madre muerta pacíficamente en su lecho; reflexionaba cuanto debió sufrir mi madre en su corazón, muriendo tan joven y dejando una hija en la cuna: y ahora veo que en vísperas de morir, amenazados, torturados, llenos de insultos, mis padres eran felices; en sus últimos momentos veían la gloria del Señor, su fuerza les sostenía, su paz les consolaba, y depositaban su hija en los brazos de un Padre lleno de misericordia. ¡Dios se ha acordado de la confianza de los justos, y ha hecho que no fuera vanal!

—Sí, querida LEA, y en su bondad os permite hacer el bien y trabajar por su gloria. Vuestro padre y vuestra madre dieron con su sangre testimonio de su fe, y sellaron las verdades del Evangelio; su ejemplo no cesará de conmover y convertir almas, pero á nosotras nos espera otro destino; el Señor será nuestra herencia, pero con otra condición: los Mártires han de acompañarle en sus viajes apostólicos, y como Él mostrar la belleza del Evangelio curando á los enfermos, instruyendo á los pobres. ¿No fué de esta manera que Nuestro Señor se dió á conocer á san Juan Bautista? Los hombres conocerán también, con esta señal, que nuestra fe viene del cielo.

—Vos, Constancia; de corazón tan compasivo, cuidareis á los enfermos; yo quisiera instruir á los ignorantes, y cuando pienso en tantos pueblos que no conocen á Jesucristo, arde mi corazón dentro del pecho. Quisiera llevar el Evangelio á tantas almas que viven entre tinieblas; á esos barbaros que amenazan el Imperio; á las regiones del Asia y del África, á las Galias, á la Germania, á todas partes donde hay seres capaces de conocer y amar á Dios.

—Yo también (dijo un día la emperatriz Elena que asistía á su conversación,) aunque soy vieja y mis días están contados, quisiera antes de mi muerte visitar la Judea, seguir las pisadas de nuestro Salvador, subir al Calvario, descender al santo Sepulcro, y descubrir el paradero de los instrumentos de su dolorosa Pasión. Tal es el gran deseo de mi vida, y sin en el lu-



gar que ocupa uno de los templos donde los paganos sacrificaban á Venus o Jano pudiese yo levantar una iglesia que guardase la cruz, el sudario y la corona de espinas, me parece que dejaría gozosa este mundo y que iría á mi Dios con mayor confianza.

Estas conversaciones se renovaban á menudo, y la sociedad cristiana salía de las catacumbas como un árbol magnífico cuyas raíces han arraigado profundamente y desde largo tiempo en tierra: hasta entonces la tempestad había arruinado los establecimientos que había querido fundar: al fin iba á reinar; instruir, consolar; y sus hijos, llenos de celo por la gloria de su Madre, procuraban mostrar á todas las miradas su gracia y su poder. La savia brotaba de las ramas, y ¡qué fruto y qué sombra dio el árbol inmortal!

Un día, la Emperatriz y su hija explicaban á su amiga y protegida las simbólicas ceremonias del Bautismo, mientras sus domésticas arreglaban vestidos que debían servir para viejos esclavos que sus amos paganos habían abandonado en la isla de Esculapio, y á quines los cristianos habían recogido. Todo era paz y serenidad, y LEA dijo al fin con indecible sonrisa:

—¡Cuan feliz será el día en que caerá sobre mi cabeza el agua santa! Razon teneis, querida Constancia, en querer que se represente en torno del baptisterio ciervos que se abrevan con placer en el agua de una fuente! mi alma tiene también sed de esas aguas.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, cuando sonó un ruido siniestro, seguido de gritos y pasos precipitados, en la larga galería que comunicaba con la habitación de las dos princesas con la de Fausta. Constancia se levanto, pálida y estremecida.

—¡Es la voz de mi hermano! exclamó.

LEA la reconoció también, y temblaba como si un rayo hubiese caído á sus pies. Abrióse la puerta y lo que vió entonces excedió al mas cruel presentimiento. Crispo, apoyado en hombros de un antiguo criado, entró cubierto de mortal palidez, con paso vacilante, con la vista extraviada, y fué á caer en los brazos de su abuela. Su túnica estaba inundada en sangre, que manaba de una profunda herida en el pecho.

—¡Oh hijo mío! hijo mío! exclamó Elena, ¿quién te ha tratado así? déjame, déjame restañar esta sangre y curar esta horrible herida!

El Príncipe, casi sin sentido, fué tendido en tierra sobre almohadones, y Constancia descubrió su herida; algunos lienzos preparados para los pobres restañaron la sangre; Crispo abrió los

ojos, y dijo en voz baja á su abuela, que estaba inclinada hacia él:

—Voy á morir... inocente del crimen por el cual me ha herido mi padre... ¡pobre padre mío! ¡oh! cuanto le pesará...

No pudo concluir: la muerte se cernía sobre él;

LEA y Constancia con las demás mujeres llenaban el aire de lamentos de dolor; la Emperatriz con mas calma en medio de su aflicción, y mas acostumbrada á sufrir, levantó la cabeza del joven Príncipe, y le dijo con ternura inexplicable:

—Hijo mío, un instante te queda.... ¿Quieres recibir el Bautismo?

—¡Sí, lo quiero!

—¿Perdonas á todos, á Fausta, á tu desgraciado padre?

—Sí, perdono á Fausta y amo á mi padre... ¡decídselo...! ¡Dios mío! purificar y recibir mi alma!

La Emperatriz mandó le trajesen una copa llena de agua, y dijo á su nieto:

—Hijo mío, aviva tu fe. Crees?

—Sí, creo todo lo que enseña la Iglesia.

—Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

El agua corrió sobre la rizada cabellera y la pálida frente del Príncipe, y una celeste esperanza llenó de improviso todos los corazones...

—¡Adios! dijo con voz apagada; ¡adios, madre mía, hermana mía! ¡adios, LEA! mi anillo...

Probó inútilmente de quitárselo, en vista de lo cual hizo Constancia, y lo puso en el dedo de LEA. Crispo pareció satisfecho: algunos suspiros precedieron á su corta agonía, y espiró apoyado en los brazos de su abuela, —¡feliz de ser cristiano, feliz de escapar por la muerte á la diadema!

Elena confió el cuerpo á los domésticos que habían acudido; confió LEA á Constancia, y ambas á Dios, y luego fué al encuentro de su hijo Constantino. El poderoso Emperador se estremeció viendo entrar á su madre en el apartado aposento donde se había retirado. Allí luchaba contra los remordimientos de su crimen y contra el furor que las palabras de Fausta habían encendido en su alma:

—¡Crispo ha muerto! le dijo la Emperatriz.

Ha merecido la muerte,—contestó el Emperador con voz trémula y apagada;—me había ultrajado; Fausta le ha acusado, y el griego Diomedes ha sido testigo del crimen.

—Hasta el último momento ha protestado de su inocencia: ¡día vendrá en que veais claro, hijo mío! ¡que vuestro arrepentimiento dé enton-



ces sea reparacion de vuestro crimen! ¡como habeis manchado vuestra gloria!

—He usado del derecho que la ley romana da á un padre de familia.

—Hijo mio, no invoqueis las leyes paganas; pedid á Dios, que os ha colmado de bienes, que os haga conocer vuestro crimen y el dolor de que llenais el corazon de vuestra madre! Mi nieto ha muerto en mis brazos perdonándoos!

—¡Si pudiese creerle inocente!

—El tiempo descubrirá la verdad; yo solamente he querido veros para llevaros el perdón de Crispo y el mio, y exhortaros al arrepentimiento! David, pecó, David hizo penitencia.... ¡Adios, hijo mio!

El Emperador se echó á sus piés, exclamando:

—¡Perdonadme el dolor que os causo!

—Os he perdonado ya, y de nuevo os perdono, pero el perdón del cielo es el que debeis implorar... Adios; voy á velar el cadáver de vuestro hijo.

(Continuara.)

MATILDE BOURDON.

## LA ESTRELLA DE LOS MARES.

Es Córcega una bella isla, célebre por haber dado cuna al gran capitán del siglo, al invicto Napoleon I. No necesitaba, sin embargo, de esta gloria para fijar sobre sí la atención del universo, porque aunque solo tiene 50 leguas de circuito, encierra cuantos dones puede ofrecer una naturaleza pródiga y vigorosa.

Pero no quiero describiros sus montañas cubiertas de bosques frondosísimos, y en cuyas cimas hay lagos transparentes mantenidos por las nieves detenidas en sus riscos; no quiero hablaros de los mármoles, granitos, jaspes y porfidos que enriquecen sus cañerías, ni del oro, la plata, el cobre y el hierro que guardan sus minas; no quiero hablaros de sus risueños valles sembrados de flores: de sus alegres sotos abundantes de caza, pero en los cuales no existe ni un solo reptil venenoso; no quiero hablaros, por último, de sus bellas ciudades, edificadas á la orilla del mar y que se espejan en sus ondas, ni de su capital, Ajaccio, que hallándose situada en un paraje donde se cruzan las dos cadenas de montañas que atraviesan la isla, ostenta en sus alrededores las mas sorprendentes perspectivas, formadas por sus bosques de castaños, sus colinas cubiertas de viñedos, sus cascadas majestuosas y sus límpidos arroyos que se deslizan entre el musgo de los prados.

No, no quiero hablaros de nada de esto; quiero tan solo describiros una maravillosa capilla llamada la *Estrella de los mares* y situada en la parte occidental de la isla, que está como suspendida sobre la espumosa su-

perficie, sirviéndola de cimier to dos rocas salientes que se abrazan. Imposible es llegar hasta ella por la parte de tierra, pues las rocas superiores están cortadas á pico; pero desde sus umbrales hay algunos escalones carcomidos que descienden hasta el nivel de las aguas: por lo demás, si la cruz que ostenta en la cúspide y una efigie tosca de la Virgen que hay en su fachada no revelasen su sagrado destino, podría tomársela por una choza cualquiera, pues sobre ser tan pequeña, cubren casi enteramente sus paredes las algas y plantas marinas.

Pero, ¡cosa extraña! aunque los vientos transformen en montes de espuma las olas, aunque estas se precipiten con furia sobre la playa, al llegar á aquel sitio se replegan repetuosas sobre sí mismas y, según cuenta la tradición, jamás ha llegado á salpicar los muros de la veneranda ermita.

Esta no se abre mas que una vez al año á la piedad de los fieles y es el día de la Asunción de la Virgen, día de júbilo y regocijo para los habitantes de la isla.

Desde el alba se abren de par en par sus puertas, y aparece su único altar adornado de flores y resplandeciente de luces.

A las nueve, un sacerdote celebra los divinos oficios, entónces se cubre el mar de barquichuelas enguinaldadas, que se van situando las unas detras de las otras formando semicírculo. Vénese en ellas hombres, mujeres, ancianos y niños, vestidos de fiesta, que se inclinan humildemente y oran, terminando su oración con un cántico de alegría.

La misma discordancia de las voces, la misma heterogeneidad de los sonidos presta á aquel canto inspirado una magia indefinible, y nada es tan bello como el espectáculo que ofrecen aquellas barquillas aglomeradas, nada tan poético como aquellas preces, entonadas al aire libre, mientras el sol dora la extensión inmensa de los cielos.

Las olas temblorosas acarician los costados de las navicillas perdida su fiereza, el aura agita blandamente las veias y gallardetes, y casi apenas se atreve á balancear las guirnaldas de flores que mecen sus mástiles.

Por otro milagro de la providencia, en ese día suele estar casi siempre el cielo sereno, el mar en calma, y la naturaleza ostentando todos sus encantos.

Acabada la misa, las barcas llegan por turno hasta el pie de la capilla, depositan su ofrenda en los escalones y se alejan.

Hasta la noche dura la piadosa romería; pero cuando sobreviene la noche es muy distinto el cuadro que ofrece á las miradas.

Abundan en Córcega los insectos fosfóricos, muchas luminosas que nuestros gusanos de luz, pues cinco ó seis juntos producen una claridad suficiente para leer y ejecutar las labores mas primorosas.

Así que las sombras enlutadas descienden á la tierra, empiezan á despedir una luz brillante estos insectos, colocados de intento entre los cabellos de las jóvenes y entre las cintas y las flores que adornan las barquillas, produciendo una iluminación fantástica y movable cuyo efecto es imposible de describir con palabras.

Entónces, los árboles y las orillas se cubren de una luz azulada como si estuvieren sobrecargados de cristales ó frutas diáfanas, y son los insectos, que apropiado también se colocan entre sus hojas. Estas frutas



ilusorias van presentando sucesivamente todos los matices del arco iris, pues á veces son azules, á veces son rosadas ó color de púrpura. Á veces tambien se amortiguan ó apagan enteramente, pero en breve vuelven á despedir nuevas centellas, ya caen al suelo como una lluvia de oro, ya saltan otra vez de abajo arriba en hilos azules ó de color de ópalo, ó bien se esparcen en el aire en forma de abanicos.

No tiene Venecia iluminaciones mas bellas y caprichosas que esta: no tiene la moderna ciencia fuegos de artificios mas sorprendentes y variados.

Añaden nuevos atractivos á este cuadro magnífico el cielo tachonado de estrellas, las ondas de plata, la brisa apacible, los coros armoniosos de los navegantes que se alejan bogando lentamente.

Pero ¿que origen tuvo la piadosa romería? ¿Quien fundó la Santa capilla?

Hé aquí resuelto el enigma, tal como le resuelven los habitantes de la isla.

Vanina era esposa y madre; la mas feliz de las esposas, la mas dichosa de las madres. Y no era por que habitase un palacio, ni poseyese bastos campos, ni tuviese muchos servidores. Vanina era pobre; su chocita, limpia y risueña, situada á la orilla del mar, no ostentaba mas adornos que las rosas y madreselvas que cubrían las paredes; su marido era pescador y solo poseía sus redes y su lancha. Pero el amor habitaba en la choza junto á Vanina y mecía la cuna de su niño: el amor seguía á Beppo y la playa y tiraba por él las redes, que volvían á salir de las revueltas ondas llenas de peces brillantes y sonrosados. Y por las noches, cuando Beppo y Vanina estaban reunidos y saboreando su frugal cena, el amor sentado á su pobre mesa cantaba himnos de ventura y los acompañaba hasta el lecho nupcial, corriendo con mano poderosa sus modestos cortinajes.

El niño, único fruto de aquella dulce union, cumplió tres meses, y su piadora madre quiso ir á ofrecerlo ante el altar de la Virgen que se veneraba en un cercano templo.

El templo descollaba sobre un alto promontorio y la travesía por mar era mas corta.

Cuando la feliz esposa, con su niño en los brazos, entró en la barquilla cuyo timon manejaba Beppo con sin igual destreza, el cielo estaba sereno y las aguas parecían un límpido espejo; cuando volvieron de su pequeño viaje, negros nubarrones cubrían el firmamento y las oleadas furiosas é imponentes envolvían el endeble barquichuelo.

Los ecos siniestros de la tempestad resonaban con fragor horrisono, y el viento que en la playa arrancaba de raíz los árboles centenarios, no tuvo compasión de la frágil vela, pues rasgándola en mil pedazos, la esparció por la superficie de las aguas.

¡Ay de los tristes esposos! ¡Ay de su pobre niño!

La barca juguete de las olas tempestuosas, ya subía hasta el cielo, ya se undía en los abismos, ya se ladeaba como si quisiera desembarazarse de su carga para correr en pos del viento que la arrebatava entre sus olas.

La noche era oscura, y solo los relámpagos y el rayo iluminaban la espantosa escena.

En la playa se veían correr multitud de luces, resonaban confusas voces. Eran sin duda los pescadores que volaban al socorro de los naufragos. ¡Pero ¡ay! que

las olas crecían! ¡Ay que el viento arreciaba! ¡Ay que llegarían sobrado tarde!

—¡Oh implacable ondas, gritó la madre desolada, no me arrebatéis á mi hijo!

Y de pié en la popa, con el traje en desórden, con el cabello esparcido, estrechando á su niño entre los brazos, parecía la imágen de la desesperación, disputando su presa á la borrasca.

Pero la borrasca aceptó el desafío: rasgarónse las nubes, y negras masas de aguas se desplomaron sobre el zozobrante barquichuelo: salieron los vientos impetuosos de sus ántros y destrozaron los restos de su mástil.

Una oleada más gigantesca que las otras llegó, pasó y arrebató al tierno infante entre su diáfano torbellino.

—¡Virgen bendita, estrella de los mares, salva á mi hijo! gritó la madre sin ventura.

Este fué su último grito.

La barquilla se destrozó y los esposos cayeron al fondo del abismo.

Pero veinte barquillas zurcaban ya las ondas y los pescadores intrépidos salvaron á los naufragos.

Condujéronlos á la playa.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! exclamó Vanina apenas recobró el uso de los sentidos.

Los pescadores volvieron al mar para arrebatarle su presa viva ó muerta; pero en vano la buscaron en sus profundidades misteriosas.

Brilló el sol, subió al cémit, volvió á esconderse en el ocaso, y el cadáver del niño aún no había parecido.

Venina no descansaba: loca, fuera de sí, desatentada recorría la costa, invocaba la piedad del cielo y suplicaba á las ondas, ya mansas y apacibles, que la devolvieran siquiera el cuerpo de su niño para darle sagrada sepultura.

De pronto se detiene, lanza un grito de inefable júbilo, cae de rodillas y da gracias fervientes á la Virgen bondadosa.

¡Su hijo estaba allí, en el hueco de dos rocas salientes que se abrazaban por encima de las aguas! Las aguas tranquilas le arrullaban, los céfiros perfumados oreaban su frente: el niño sonreía como si estuviese en su cuna y tenía fijos los ojos en la bóveda del cielo como si viese flotar entre las nubes una imágen bienhechora.

—¡Milagro, milagro! gritó la madre trasportada de seráfica alegría.

—¡Milagro! ¡Milagro! repitieron los pescadores, que habían corrido á agruparse en torno de ella.

—La Virgen lo ha salvado. prosiguió Vanina con fé ardiente. ¡Gloria á la Virgen sacrosanta, gloria á la Estrella de los mares!

—¡Gloria! ¡Gloria! repitieron en coro sus entusiastas compañeros.

Cogieron con santo respeto al hijo del milagro, lo llevaron en triunfo á la choza de sus padres, y fué Beppo quien por sí mismo construyó en el lugar del prodigio la modesta capilla; fué el quien labró la tosca imágen de la Virgen que se venera sobre su altar; fué Vanina quien la vistió con su traje de desposada, y la adornó con una corona de conchas y de flores.

Y allí está hace ya muchos siglos para atestiguar el milagro: allí está para despertar santas y dulces emociones en el alma de los corsos.



¡Oh inefables y puras creencias del cristianismo!  
 ¡Feliz el que os alberga en su seno, feliz el que en la  
 hora de la mundana borrasca alza los ojos al cielo, y  
 busca en los espacios la salvadora *Estrella de los mares!*

ANGELA GRASSI.

## A MI QUERIDA MADRE.

### EL OTOÑO.

*Dejó la alegre pradera  
 Sus mas espléndidas galas,  
 Y los lirios y claveles,  
 Y el tulipán y las dalias,  
 Perdieron ya sus hechizos  
 Sus primores y sus gracias.  
 Y ya no viene gozosa  
 A embriagarse en su fragancia,  
 Prodigándole caricias  
 Y puros besos el dura.  
 Y los dulcísimos trinos  
 De la alondra enamorada,  
 Apenas ay! si saludan  
 Las tibias luces del alba.  
 Y los árboles dejaron  
 Sus verdes, frondosas ramas,  
 Allí donde sus gorgoros  
 En la noche solitaria,  
 O al nacer el nuevo día  
 El ruiseñor modulaba.  
 Y apenas si ya repiten  
 Los ecos de las montañas  
 Las coplas del campesino  
 Que por valles y cañadas  
 Camina en pos del trabajo,  
 Llena de gozo su alma.  
 Todo es lúgubre silencio  
 Que naturaleza guarda,  
 Que a interrumpir no se atreve  
 El ave que apenas canta,  
 Ni el gemido de la brisa  
 Que ligeramente arrastra  
 Con leve impulso las hojas  
 Tristes, místicas y agotadas;  
 Imagen fiel de la dicha  
 Que nos sonríe y alaga,  
 Con ilusiones que vienen  
 Y rápidamente posan,  
 Era augusta soledad  
 Pavorosa funeraria,*

*Con que los campos desnudos  
 De frutos, pompas y galas,  
 Parece que duermen sueño  
 Que casi a la muerte iguala,  
 Es melancólico cuadro,  
 De grandeza extraordinaria,  
 Que al herir el corazón  
 Con hondas penas amargas,  
 Contiene, quien lo dijera!  
 Saludables enseñanzas  
 Y provechosos recuerdos!  
 Bello poema de lágrimas  
 Que cual perlas transparentes  
 De hermosura, no estimada  
 Embellecen la corona  
 De aquellas piadosas almas,  
 Que prisioneras del tiempo  
 Anhelan tender sus alas  
 Por las celestes regiones  
 De la eterna bienandanza!  
 Las flores ¡ay! se marchitan,  
 Se disipa su fragancia  
 Y secas ya, por el suelo,  
 El aquilón las arrastra!  
 Pero la fe y el amor  
 Y la bendita esperanza,  
 Que viven y se alimentan  
 De Dios con la excelsa llama  
 Son como flores hermosas  
 De preciosísimas galas,  
 Cuyo suave perfume,  
 Es la atmósfera del alma,  
 Que se cobija a la sombra  
 De aquella Cruz adorada,  
 Árbol nuevo de la vida  
 De frondosísimas ramas  
 Y de frutos regalados,  
 Iris feliz de bonanza  
 Que anuncia la paz dichosa  
 Que sucede a la borrasca  
 Que es el faro refulgente  
 De luz espléndida y clara  
 Que nos descubre y nos lleva  
 A las eternas moradas  
 Donde habita Dios y ostenta  
 Su grandezas soberana*

CÁRLOS PRIETO.

Velez Benaudalla, 1878.



## SECCION DOCTRINAL.

## LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

Martin aceptó gozoso el ofrecimiento, y desde aquel día, tuvo mesa y casa en la morada del sacerdote.

El buen anciano cobró afección á su protegido y se propuso hacerle un hombre de provecho, aunque para ello tuviese que pasar grandes apuros y amargas penalidades.

Martin siguió pues, sus estudios en aquella humilde casa, en que si los bienes del mundo eran escasos, eran inmensas las riquezas del alma.

Así pasaron dos años.

El jóven recibía cada día nuevos beneficios de su protector y nuevas pruebas de su bondad y su cariño.

Una tarde vinieron á suplicarle que fuese á asistir á un moribundo, y el ministro de Dios acudió presuroso á donde el cumplimiento de su deber le llamaba.

Pasaron muchas horas y el anciano no volvía, ya empezaba Martin á inquietarse con esta ausencia prolongada, cuando llamaron á la puerta, y apareció en ella el sacerdote.

Venia con aspecto fatigado, y se dispuso á sentarse para tomar aliento.

Martin que le observaba atentamente:

—Qué es eso? le dijo, que trae V.?

—Vengo muy conmovido, hijo mio, respondió; me han sucedido cosas muy estrañas.

—La persona á quien fué V. á consolar....

—Ha muerto, Martin, ha muerto santamente hace algunas horas.

—Ah!

—Era un pecador y se ha arrepentido.

—Su palabra de V. tal vez....

—No, no; la gracia de Dios, hijo mio. pero....

El sacerdote no se atrevía á continuar; no quería ni podía decir que el hombre que acababa de ver espirar, y cuya alma se había purificado en el fuego de un ardiente arrepentimiento, había acumulado un gran caudal, amasado con la sangre y las lágrimas del infortunio, y en la hora postrera, como una expiación, como un deber, como una restitución sagrada, había querido devolverlo á los pobres por medio de la misma mano que le abría las puertas de la eternidad.

No quería decir tampoco, porque su humildad se lo impedía, que su santidad y su virtud habían decidido al moribundo á fiar en sus manos parte de aquel caudal para que lo repartiese entre los necesitados, dejando á su arbitrio el modo de hacerlo.

Por eso se paraba, por eso vacilaba y no sabía como hablar.

Martin que le miraba impaciente exclamó al ver su indecisión

—Vamos ¿qué ha sucedido?

—Que el Señor me presenta un nuevo camino para servirle, pero que sobre mis hombros pesa una carga algo grande.

El anciano era sencillo en extremo: en su corazón no

cabía la falsedad; el jóven por el contrario era demasiado perpicaz, y al fin supo la parte de verdad que el sacerdote podía rebelar; esto es que tenía á su disposición sumas considerables confiadas en sus manos bajo el secreto de la confesión, y sin mas garantías que su providad.

Al escucharle, en los ojos de Martin brilló una mirada codiciosa y una expresión de alegría iluminó sus facciones.

Su protector por el contrario parecía preocupado y triste.

Sacó de debajo de su sotana un pesado saco y lo depositó sobre la mesa.

El peso del oro le fatigaba física y moralmente.

—Es forzoso guardar ese dinero, murmuró.

—Yo tengo ante Dios una grave responsabilidad, y mañana mismo quiero salir de ella.

—Mañana! exclamó Martin rápidamente.

—Sí, hijo mio: mañana consultaré con el prelado lo que debo hacer, y si es preciso le entregaré esas sumas, que estarán mas seguras en sus manos que en las mías.

—Y nada guardará? preguntó el jóven sin poder contenerse, y sin meditar la ofensa que hacía á su protector con aquellas palabras.

El sacerdote le miró al pronto con extrañeza; después con bondad, diciendo al cabo con reposado acento.

—Ya te he dicho que ese dinero es de los pobres.

—Nosotros no somos ricos, balbuceó Martin sombriamente.

—Pero á Dios gracias no nos falta lo preciso para vivir: ya sabes que desde que estás á mi lado no careces de pan ni de abrigo, y que hoy mi trabajo basta, no solo para los dos si no tambien para que sigas tus estudios y te adquieras un porvenir. Mañana cuando yo sea muy anciano, Martin, trabajarás para mí, ¿es verdad, hijo mio? y así, jamás nos veremos exentos de recursos ni podremos llamarnos necesitados.

Había tanta dulzura en la voz del sacerdote, que el jóven bajó los ojos confuso y avergonzado y no halló una palabra que responder.

—Ya ves, como nosotros no somos pobres ni nada tenemos que ver con ese oro, añadió el anciano con alguna intención y de un modo grave; ahora, prosiguió tras una ligera pausa, ahora vamos á descansar, estoy muy fatigado, es tarde, y yo he pasado muy mal día.

—Pero... ¿no cena V. señor? tartamudeó Martin.

—No tengo ganas, hazlo tú, y recojete tambien, á no ser que prefieras estudiar un poco.

—Sí... eso haré, respondió el jóven, eso haré.

Martin bajó á la cocina y sacó de una halacena algunas provisiones que puso sobre la mesa, sentándose después muy pensativo.

Sin embargo ni un solo bocado acercó á sus labios, tan distraído se hallaba.

(Continuara.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.